

PUBLICACIÓN QUINCENAL ILUSTRADA

Año I.

Miércoles 16 de Octubre de 1889

Número XIII

Este periódico se publica dos veces al mes.

ADMINISTRACIÓN

MENOR HERMANOS

Comercio, 57, y Sillería, 15

Director propietario, D. José María Ovejero

Director artístico, D. Federico Latorre

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

	TRIMESTRE.
En toda España..... Pesetas.	2 50
Extranjero (países convenientes)	3 ¹
Ultramar (oro).....	5

No se admiten suscripciones por más de un trimestre.

SUMARIO

TEXTO.—Ladrillos con inscripciones arábicas, por Rodrigo Amador de los Ríos.—Fiesta en un lugar, por Federico Latorre y Rodrigo.—Rafael Calvo (conclusión), por Mariano Carmona.—Migajas de la Historia, por F. A. Barbieri.—Theophilo Braga, por Juan Marina.—Carta abierta, por R. García de Vinuesa.—Bibliografía toledana, por J. Moraleda y Esteban.—Descripción de los grabados. Noticias.

GRABADOS.—Patio de San Juan de los Reyes.—Puerta gótica.

LOS LADRILLOS CON INSCRIPCIONES ARÁBIGAS

EN EL MUSEO PROVINCIAL DE TOLEDO

Sr. D. Pedro Alcántara Berenguer y Ballester.

MI querido amigo: Años hace, desde que alentado en 1875 por el éxito tan lisonjero como inesperado y poco merecido que obtenían del público las *Inscripciones árabes de Sevilla*, formé el proyecto de publicar en individuales monografías los epígrafes arábigos de todo género existentes en nuestras poblaciones; y en tal propósito, claro está que Toledo, donde durante tanto tiempo se perpetuaron las tradiciones mahometanas, no hubo de ser por mí ni mucho menos olvidada, recogiendo en varias expediciones, ya los epígrafes propiamente arábigos consignados en lápidas sepulcrales, ya los murales escritos en la yesería de los edificios mudejares en que tan pródiga se muestra la imperial ciudad, y ya también los tallados en tabicas, so-

leras y arrocabes, de que se conserva todavía tanto número.

Mientras en 1879 proseguía mi intento dando a luz la primera edición de las *Inscripciones árabes de Córdoba* y preparando con las de Granada las de Toledo, razones que no son de este lugar han venido dificultando é impidiendo la total realización hasta ahora de aquel mi deseo; pero conservo entre mis apuntes el trabajo, y al recibir las fotografías que de los ladrillos existentes en ese *Museo Provincial* has tenido la galantería de enviarme, demandándome la traducción de las leyendas que ostentan, he recurrido á mis dichos apuntes, ganoso de complacerte, y adjunto es cuanto he hallado en orden á los ladrillos y á sus inscripciones, noticias que me alegraré te sirvan para algo.

Que los ladrillos conservados en ese *Museo*, y cuya procedencia inmediata no recuerdo en este instante, son ladrillos vulgares de construcción, no hay para qué decirlo, como tampoco es lícito dudar de que son fruto de las alfarerías toledanas; de lo primero, persuaden su tamaño y su clase, y de lo segundo, la naturaleza y el dibujo de los signos y de los exornos que los avaloran. Que desempeñaron en la construcción oficio especial, es cosa que resulta por sí misma á la contemplación solamente de las leyendas y de las labores; resolver cuál fuese en realidad aquel oficio, tarea es ya que se ofrece como algún tanto difícil, cuando no nos es conocido edificio en que apa-

rezcan ostensiblemente, invitándote á que hagas por ti propio el estudio con que esta cuestión convida, tú que vives en Toledo, y que tan entendido eres en estas materias.

Al estudiar por mi parte las inscripciones árabes de la *Mezquita-Aljama* de Córdoba, tanto en la gallarda ornamental arquería de mosaico que se extiende lobulada sobre el arco de ingreso al *Mihrab*, como en la interior de dicho santuario,—haciendo en una y otra oficio de plintos respecto de las columnillas de jaspes, por las que ambas finjen hallarse apeadas,—encontré pequeñas y cuadradas piezas de ladrillo, pintadas y doradas, en cuyo canto ó borde, por igual procedimiento que en los ladrillos toledanos, aparecían en resalte leyendas religiosas de caracteres naturalmente cúficos, perfectamente moldeados. Desde luego, dada semejante y no dudosa enseñanza, de ella se deduce, á lo que entiendo, que los alfareros musulimes labraban dichas piezas para aplicarlas en lugares visibles y principales de la construcción, contribuyendo por tal camino, y como después con los ladrillos recortados y esmaltados, á la decoración monumental de los edificios.

Parece, en mi sentir, indudable, que tal empleo de los ladrillos no hubo de ser nuevo ni insólito en Córdoba ni en el siglo X de nuestra era á que el *Vestíbulo del Mihrab* y el *Mihrab* de aquella *Mezquita-Aljama*, como obra del Califa Al-Hakém II, corresponden; sino que debió

de ser común á todas las comarcas españolas, perpetuándose la tradición en Toledo, ciudad que cual ninguna supo conservar, así bajo el gobierno de sus régulos, durante el siglo XI, como bajo el de los monarcas de Castilla en los sucesivos, la de los días felices del Califato. Pero ocurre que los ladrillos toledanos muestran las inscripciones, no ya en el canto ó borde que da el grueso de los mismos, sino en el borde superior de una de sus caras, lo cual arguye, ó que era recortado el trozo adornado por el epígrafe para utilizarlo en la decoración, según se ofrece en Córdoba, ó que los referidos ladrillos tenían aplicación diferente.

Y bien que el primer supuesto no carezca en absoluto de verosimilitud, caso en el cual hay que admitir que los citados ladrillos provienen directamente de las ruinas de un alfar, y no fueron utilizados en construcción alguna,—antójase-me más verosímil todavía el segundo supuesto. Ejemplos ofrece Toledo en ciertos edificios de no dudosa progenie, en los cuales, empleada para la fábrica la obra sólo de ladrillo, la cornisa sobre la cual descansa el tejazoz ó alero del tejado, se halla labrada por ladrillos escalonados que avanzan en esta disposición, dejando al descubierto, por consiguiente, parte de la cara inferior de los mismos en sus varias líneas; y en este caso, y conocida la costumbre de los musulimes y de los mudejares, sus sucesores, de decorar con inscripciones muros, soleras, arca-bes, brocales de pozo, vasijas, telas y toda suerte de productos, tanto de la industria como del arte, no es para extrañar que procedieran de igual suerte respecto de aquellos ladrillos, con los cuales habían de labrar la cornisa de los edificios.

Tal circunstancia da realmente valor extremado á semejantes productos cerámicos, de que, fuera de los de Córdoba, no se halla sin embargo ejemplo; y si es dable conocer la época á que los cordobeses corresponden, no sucede lo propio por desventura en orden á los toledanos. Porque si bien es cierto que el dibujo de los signos cúficos en que aparecen las inscripciones, es el mismo del siglo X, y hay alguno propio ya de la centuria siguiente, como quiera que los moldes fueron tradicionalmente conservados de unas á otras generaciones, no sería extraño que alfareros del siglo XII ó de los sucesivos, labrasen los indicados ladrillos, aplicándoles los antiguos y heredados moldes, ya originales, ya reproducidos. Resulta, pues, que el linaje de escritura es perfectamente referible á las centurias X.^a y XI.^a; pero no es cumplido, en mi sentir, el determinar si el ladrillo pertenece á la misma ó posteriores épocas.

Miden generalmente 0^m.20 de alto, por 0^m.27 de ancho, y 0^m.035 de grueso; y en ellos, sin que me sea desde aquí ha-cedero el individualizarlos, por carecer de numeración, se lee las siguientes inscripciones:

1.º Caracteres cúficos, angulosos, toscos y tocados de negro, parte del principio de la aleya 159, *Sura II* del Korán en esta forma:

... [أ]ن في خلق السّموات [ت]...

... Ciertamente, en la creación de los cielos...

2.º Igual clase de escritura, con un pequeño vástago florido detrás de una letra y otro que se abre en dos brazos al final del epígrafe; letra sin color extra-

... [ما لا طاقة لنا به وأعف عنا]...

... [no podemos soportarla]. Borra nuestras culpas...

3.º Igual clase de escritura, con una hoja al principio; signos más regulares y ordenados; letra sin color extraño, ladrillo señalado con el número 22, roto por los cantos ó esquinas del epígrafe. Contiene las siguientes palabras de la aleya 41, *Sura VII*:

... [و] قالوا الحمد لله الذي [ذ]...

[Y] dijeron: Alabado sea Alláh, aquel...

4.º Igual clase de escritura, aunque menos ordenada y más semejante á la

[امنوا] بربكم فآمنوا ربنا...

... [Cree]d en vuestro señor y habremos creído.—Señor nuestro...

6.º Igual linaje de caracteres, tocados de negro; ladrillo partido diagonalmente hacia su mitad, y cuya inscripción es parte del principio de la aleya 197 de la misma *Sura III*:

[لكن] الذين اتقوا ربهم...

[Pero] aquellos que temen á su Señor...

7.º Semejantes á los del ladrillo del

ño, ladrillo señalado con los números 22 y 11; contiene algunas palabras de la aleya 286 de la misma *Sura*:

del primero; la inscripción no es religiosa, y parece entenderse:

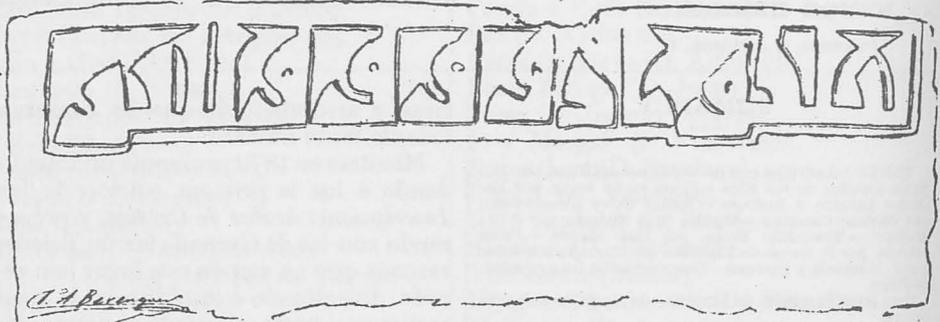
... مل فصربي عن قلوعة ...

... horno para ladrillos de barro.

5.º Semejantes en un todo á los del ladrillo aquí señalado en el número 1, y como ellos tocados de negro, son los de otro ladrillo que lleva también el número 22 en la fotografía que tengo á la vista, y contiene el final de la aleya 190 y la primera palabra de la siguiente de la *Sura III*, diciendo:

الله لا اله الا هو الحي...
Alláh! No hay otra divinidad que El, el vivo....

8.º Letra igual á la del precedente;



la leyenda puede acaso interpretarse:

... بنا خرا دروق ولا...

... construcción del alero defendido y...

9.º De iguales condiciones la letra que la de los ladrillos 1, 5 y 6, contiene parte de la aleya 71, ó de la 73 de la *Sura XXXIX*, diciendo:

... [أ]وابها وقال لهم [خزنتها]

... sus puertas y les dirán [sus guardianes]...

10.º Letra de iguales condiciones; contiene el principio de la aleya 188, *Sura III*, en estos términos:

الذين يذكرون الله...

Aquellos que piensan en Alláh.

11.º Letra semejante á la de los ladrillos 4, 7 y 8, contiene sólo en el extremo superior de la derecha, la palabra:

الملك

El imperio.

12.º y 13.º De letra análoga, ofrécese por todo extremo borrosos, lo cual hace su interpretación sobrado difícil, ocurrien-

do de igual modo respecto de un fragmento cortado en sentido diagonal por bajo del epígrafe, donde sólo hay el comienzo de una palabra.

14.º, 15.º, 16.º, 17.º y 18.º Aunque de diferente dibujo, la escritura de algunos de estos, partidos los unos, en estado fragmentario los otros; tocada de negro la letra ó sin esta circunstancia, no es dable, á lo que entiendo, interpretar con exactitud los epígrafes de estos cinco ladrillos, como no es dable tampoco averiguar á qué aleya del Korán corresponden las palabras del 19.º, donde se lee:

[ال]رحيم...

[el] Misericordioso.

20.º Algún tanto decantillado, pero de mejor conservación, el de este número no contiene como el 11.º sino la misma palabra *El imperio*, leyéndose en el

21.º, en letra tocada de negro, algunas palabras finales y del principio de las aleyas 187 y 188 respectivamente, de la *Sura III*, que dicen:

... لا ولي الا لباب [ال]ذيين...

... para los dotados de inteligencia.—Los que...

22.º Deformado algún tanto el ladrillo de este número, tiene estropeada una de sus letras, y en él se lee el final de la aleya 107 de la *Sura X*, diciendo:

... الغفور الرحيم

... el indulgente, el misericordioso

23.º Es un fragmento que parece intencionalmente cortado para alguna esquina ó vuelta del alero, y nada puede obtenerse de los signos que ostenta, mientras el

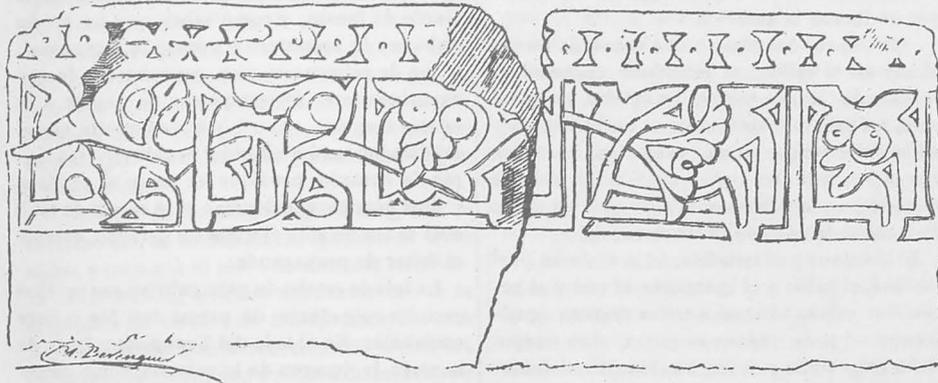
24.º, ofreciendo destruido el comienzo de la leyenda, sólo contiene las siguientes palabras de la aleya 159, *Sura II* del Korán:

... في خلق...

... en la creación.

25.º Como más elegante y de mayor importancia artística que los anteriores, he

dejado para lo último éste, que se muestra partido en dos fragmentos, y que es muy interesante, así por la faja de adorno que sobre la inscripción ostenta, cual por las hojas y los vástagos que forman el ataurique sobre el que destacan los elegantes signos de la leyenda, y por el dibujo de ésta, el cual autoriza el supuesto de ser semejante producto fruto de mudejarse industria, guardando grandes y muy señaladas analogías con el trozo de arrocabe que procedente del *Nuncio* en la misma Toledo, posee el *Museo Arqueológico Nacional* con verdadera estima. Por desgracia, y confieso en esta parte la esterilidad de mis esfuerzos reiterados, la citada leyenda no resulta, á mi entender, legible, ó no lo ha sido para mí, pues sobre que notoriamente no es koránica, parece ser aljamiada, y en este caso, y por un solo fragmento no es cumplidero el propósito de su total inteligencia.



No otro es el resultado del estudio paciente que acabo de hacer, y cuanto se me ocurra por ahora acerca de los ladrillos con inscripciones que posee ese *Museo Provincial*, y de los cuales tenía antiguos apuntes propios, y dibujos que me fueron facilitados por el que fué Arquitecto de esa provincia, mi buen amigo el Sr. D. Mariano López Sánchez. Mucho celebraré, querido Perico, que te pueda servir de algo el trabajo para el que estás en la actualidad realizando, como conservador del mencionado Museo.

Por lo que hace á los azulejos que decoran la cúpula de la capilla de San Jerónimo, y de que tenía conocimiento por el entendido ceramista Sr. Osma, debo desde luego de declararte que son mudejares y ya del siglo XV algo avanzado; se hallan las desdibujadas inscripciones que ostentan, en caracteres cursivos africanos, y demuestran que el artífice ya apenas conocía el árabe, ó que no sabía lo que dibujaba, tomándolo cual mero exorno. En el primero de que me envías apunte, quiso escribirse dos veces la frase elíptica:

اليس [لك]

La felicidad [sea contigo]

En el segundo, y en igual linaje de signos, está la palabra anterior y el principio de otra con que forma frase en los epígrafes murales de la Alhambra y en los mudejares de Sevilla, Córdoba y Toledo, diciendo:

اليس والقبال

La felicidad y la pros [peridad]

En el tercero, que consta de dos líneas, se quiso escribir lo mismo: en la inferior la

frase precedente, y su terminación repetida en la superior. En cuanto al trozo de yesería que me dibujas en tu carta, podría pasar por un Y cúfico sin significación; pero debe ser la palabra بركة en caracteres cursivos las dos primeras sílabas, y en sitio que no me determina tu apunte, y en cúfico-florido ornamental los dos restantes, según es vulgar en los epígrafes.

Deseando de nuevo que te sirva de algo este ligerísimo estudio, sabes que, como siempre, soy tuyo afectísimo amigo y seguro servidor q. b. t. m.,

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS.

Hoy 2 de Julio de 1889, Madrid.

LA FIESTA EN UN LUGAR

—¿Quieres venir á la función de mi pueblo?

—No tengo inconveniente alguno; antes al contrario, te agradezco mucho la invitación porque me proporciona el placer de conversar con tus padres, tan buenos, y con toda tu familia, á la que siento tal inclinación que me hace mirar la como cosa propia.

—Dios te pague el cariño que demuestras, y en verdad te diré que sentiría muchísimo que sólo por darme gusto te violentaras; pero antes debo advertirte que la casita que tenemos no es cómoda, limpia sí, porque mi madre, á pesar de estar tan enferma y sin gusto para nada, es la mismísima limpieza y mi hermana Pepa casi una cargantona en este punto.

—No puedes figurarte lo simpática que me es tu pobrecita madre; aunque no la he visto más que una vez, me interesa mucho, porque sufre

mucho con su pícaro dolencia y á ella atribuyo lo frío del recibimiento que me hizo cuando fui á darle la enhorabuena por tu ascenso.

—No, hombre, no: no tienes razón al decir que te recibí con frialdad: te recibí cuando sufría un acceso del mal; pasado éste volvió á recobrar algo de su carácter alegre y ya verás cuan distinta se presenta ahora que está más aliviada.

—Pues no hay más que decir. Mañana vamos allá.

Así hablaban dos amigos que, á pesar de tener ideas opuestas, se amaban entrañablemente porque cada uno veía en el otro cualidades dignas de imitación, y como pensaban con juicio y buen seso, no estaban influidos por ningún fanatismo; consideraban al hombre, en primer lugar, por sus cualidades morales y muy en último por las intelectuales. Ambos estaban convencidos de que no hay nadie dueño de sus ideas sino de que todos somos sus esclavos.

Los dos representaban el ideal cristiano, la fraternidad.

Juan, creyente firmísimo; Félix incrédulo, uno y otro tolerantes sin abdicación alguna.

Ni por casualidad, ni por broma rebatió Félix á Juan nada de lo arraigado en el corazón de éste; antes al contrario, envidiaba su acrisolada fe, porque la veía como inagotable manantial de consuelos y esperanzas.

Juan creía que su amigo querido no podría ser feliz sin profundas ideas religiosas, y con habilidad y amor, cual cumple á quien quiere atraer á su campo, noblemente, al adversario, le hacía algunas insinuaciones y se esforzaba por llevar el convencimiento á aquel cerebro rebelde: la voluntad del esclavo Félix era sublevarse contra su opresor, lo intentó en vano en mil ocasiones; quería creer, miraba á su amigo Juan como á hombre superior, le oía con embeleso, pero no podía pensar como él. Cuando sostenían alguna conversación en que el creyente hacía esfuerzos titánicos para convencer al incrédulo, éste le escuchaba con recogimiento, no quería perder ninguna de las frases y terminaba siempre diciendo: «Juan: no te canses: soy impotente contra la loca de la casa: me domina como un gigante á un pigmeo; me sucede lo que á la rubia que quiere ser morena, rabia y pateo, pero sigue rubia.

II

Llegados al pueblo los dos amigos cuando se ponía el sol, cambiados con efusión los abrazos entre padres é hijo, hermano y hermanos, Félix, que contemplaba extasiado aquel hermosísimo cuadro, estrechó con respeto y cariño las manos de aquellos padres, saludó con cara placentera á los hermanos mayores y repartió sonoros y dulces besos á la gente menuda.

Bueno y complaciente era Juan con su amigo: tanto demostraba quererle, que éste le pagaba con largueza su cariño.

Sonaron algunos estampidos en el aire, pusieron en movimiento los jóvenes y á la plaza encaminaron sus pasos. Allí estaba todo el pueblo esperando la música que pronto debía llegar.

¡Ya están ahí!—gritó una veintena de chicos que, al entrar corriendo, atropellaron á todo el que encontraban á su paso.

—¡Maldiceo Rufo!—gritó una vieja que sentada en una piedra esperaba el comienzo de la fiesta.—Ha visto V., señá Casilda, qué descosido me ha hecho en la falda ese maldingano de chico?

—Pues á mí—contestó la tía Macaria—por poco me deja de caer el Joaquín de la Dorotea.—¡Ya, ya! Le digo á V. que no debía de haber muchachos.

Y así, á este tenor, mil y mil quejas y buena

copia de moquetes y capones cayó sobre los chicuelos que triscaban como cabritos, chillaban como poseídos y volteaban como campanas.

Entra la banda en la plaza tocando un pasacalle, detrás en confuso remolino, los *mozos* que salieron á buscarla; se estacionan los músicos bajo el corpulento olmo, sueltan chorros de sonidos, no muy acordes, por las bocas de los instrumentos, que derraman alegría, y comienza el baile.

Los robustos aldeanos con los brazos levantados y los pies en constante movimiento, ora yendo á la derecha, ora á la izquierda, parecen desesperados amantes que tratan de apoderarse de su amada que huye del abrazo temido y deseado: la vuelta que da cada uno de los bailarines de la Jota y el consiguiente cambio de pareja al dar comienzo á los cantares, son un reflejo de las nubecillas que obscurecen el cielo de los enamorados.

Al pie de la picota, enhiesta aún sobre cuatro escalones de piedra ya carcomida, arde inmensa hoguera que, si bien hoy contribuye á dar animación al cuadro, evoca tristes recuerdos de épocas bárbaras en que alumbraba para aterrar á unos y para arrancar cruelmente la vida al incauto, ó héroe, que se atrevía á ser disidente.

Buen rato había pasado desde que comenzara el baile cuando Félix, hasta entonces abstraído, dijo á Juan:

—Querido Juan: hace rato que estoy contemplando este cuadro que alegra y, al mismo tiempo, entristece mi espíritu. Me alegra, porque rebosa el júbilo en todos los semblantes; me entristece porque trae á mi memoria relatos de luctuosos actos de la aberración llamada intolerancia.

¿Ves la complacencia, el movimiento, el ruido que hay? pues todo esto había en los autos de fe: las horcas de la picota, de que hoy cuelgan ramos de olivo bendito, se hicieron para segar existencias; esa hoguera, encendida para alumbrar la plaza, ocupa, tal vez, el lugar de otras encendidas para dejar muchos cerebros en las tinieblas; los sentidos y poéticos cantares que escuchamos, han venido á sustituir á la fatídica voz del pregonero que leía terribles sentencias; la música, que tanto anima, recuerda los clarines y timbales del Santo Oficio; la campana que anuncia la fiesta religiosa de mañana, tañía lúgubramente por los ajusticiados. Dos actos con los mismos instrumentos y sin embargo ¡cuán distintos! en el de hoy todos ríen, en el de ayer había lágrimas!....

—Sí, es verdad Félix,—contestó Juan.—Pero ten en cuenta que no en balde pasa el tiempo y que la ilustración se impone.

En esto vuelan cien cohetes dejando tras sí larga estela de brillantes chispas, y unos luciendo hermosas bengalas en el espacio y otros haciéndole retemblar con los estampidos, son el anuncio de la función de pólvora.

Los hombres, haciendo gala de serenidad, rodean los árboles; de éstos salen chorros de fuego que se persiguen, se chocan, se cruzan y por fin terminan su vertiginosa y loca carrera con estrépito.

Entre árbol y árbol, que siempre es despedido con voces alegres y aplausos, truenan la banda, bailan los más: unos chicuelos se entretienen en interrumpir á los bailarines dándoles empujones y los hombres más formales hacen corro para hablar de si la mula *Pelegrina* está coja porque *el bestia* de Canuto la picó al dar una vuelta: de si *Bastión* se ajoba dos fanegas de trigo; de si ayer tomó una buena filoxera el tío *Bujero* y de otras cien cosas que á nadie importan, pero sirven para pasar el rato.

De pronto se arremolina la gente, crece el vocerío, ríen y corren á la par algunas zagalinas para refugiarse en las esquinas de la plaza; suena un formidable estampido, después se atropellan otros iluminándolo todo con regueros de chispas y multitud de bengalas, y á los acordes de la Marcha Real aparece entre los cohetes la imagen de la Virgen del Rosario. Miles de vivas á la patrona se escapan de la multitud; los hombres se descubren la cabeza y un momento, como si la plaza estuviera sola, reina el silencio: ¿por qué? porque todos dicen mentalmente: «Dios te salve, Reina y Madre de misericordia!....»

Retirábanse á casa los dos amigos y Juan dijo á Félix:

—No me ha pasado desapercibido que cuando descubrieron la imagen de Ntra. Sra. te quitastes el sombrero.

—Y me lo quitaré siempre que en torno mío haya quien rinda verdadero culto á una idea noble.

—Sé más franco y dime que lo has hecho por no llamar la atención.

—No, Juan: Así como no he saludado nunca al rey en la calle y sí cuando le encontré en la Casa de Campo, porque no estaba yo en mi casa, así saludo á las imágenes en el templo y en la calle porque en uno y en otra, todos los que me rodean las conceptúan como dueñas de todo por derecho propio y no seré yo quien se manche jamás con la intolerancia.

El cristiano y el israelita, el musulmán y el budista, el sabio y el ignorante, el rico y el pobre son mis hermanos; á todos respeto igualmente, no para que me respeten, sino porque debo respetarles y me agrada cumplir el deber.

—Chico, chico: pareces un predicador. Buen sermón me has encajado—respondió Juan.—Lástima que seas de la cáscara amarga. Si no te conociera creería que te burlabas. Esas palabras en boca de un escéptico, como tú, tienen algo y aun algo, de sospechosas y si no te quisiera tanto, hasta creería heréticas.

—Tente: no vayas á caer en vulgaridades indignas de tu talento. No hagas lo de aquel que leía con gusto un artículo, y picado por la curiosidad, antes de acabarlo, buscó la firma y arrojó el periódico cuando vió que era mía.

—Libreme Dios de caer en la desgracia de juzgar la obra por el autor.

Pocos pasos habían dado desde esto, cuando pasó un grupo de mozos con guitarra y bandurria, dando al aire los acordes de la Jota y los consabidos cantares, esos quejidos y expansiones del alma del pueblo, esos poemas que brotan como por sí solos, que nadie escribe y todos guardamos en el alma.

Como si en el grupo hubieran oído las últimas palabras de Juan y quisieran demostrar cuánta razón tenía para pensar así, una voz potente y hermosa cantó:

Un gorrión, con tantas plumas
no se puede mantener
y el escribano con una
¡mantiene casa y mujer!

Luego y cuando se habían alejado bastante los de la ronda, se oyó la misma voz que cantaba:

Quisiera ser el sepulcro
en donde te han de enterrar
para tenerte en mis brazos
por toda una eternidad.

—Mira si estaré convencido de que hay que juzgar las obras por sus cualidades y no por las de su autor, cuando llamo buenas á esas coplas y sé que son de uno de los chicos más borricos del pueblo.

III

Sentados á la mesa estaban, á la mañana siguiente, Félix y sus amables huéspedes, saboreando el chocolate, más suculento por haberlo batido Pepa que por las materias que lo componían, cuando entraron en la cocina las dos pequeñas diciendo: «Aviaos pronto que ya han dado el primer toque.» En un santiamén se terminó el desayuno y cuando quedaron solos los dos amigos, Juan, que vió á Félix prepararse, le dijo:

—¿Vas á venir á la iglesia?

—¿Por qué no?—respondió y preguntó Félix.

—Hombre; como tus ideas distan tanto de las mías, creo que si vienes es sólo por complacerme.

—Estás en el error. Voy porque las funciones religiosas de los pueblos me conmueven; en ellas me parece ver mucho de los primeros tiempos del cristianismo; la ausencia de riqueza en los templos, el poco y sencillo aparato, el fervor de los concurrentes me dan á entender que allí sólo tiene lugar la fe; que no hay nada de alarde de fausto, y como sabes que no me ha dado por lo aparatoso y venero la ingenuidad, no he de esforzarme para convencerte de que experimentaré íntimo placer en acudir á la misa y sermón. ¿A mí que me importa que el predicador sea ó no florido? Sea sincero, sea limpio de corazón, predique el amor al prójimo, y diga cuantas excelencias se le antoje de tal ó cual santo; no sólo ejercita un derecho, cumple el deber de propaganda.

La iglesia estaba de gala: cubrían sus paredes grandes colgaduras de percal con los colores nacionales. En el lado del Evangelio y fuera de la verja, la imagen de la patrona, como entregada al pueblo, y bien entregada, por cierto, por que ¿quién mejor custodio que el amante?

El párroco, ayudado del diácono y subdiácono, que con el predicador habían acudido desde la capital, cantó la misa: el órgano expresivo unas veces y otras la banda con los cantores, contestaban al oficiante. Faltaban, pero no hacían falta, ricos bordados y piedras preciosas en los ornamentos, grandes y sonoros órganos, delicada orquesta y capilla afinada.

Llegó la hora del sermón: se corrieron las cortinas de las ventanas por donde entraba gran raudal de luz: se aprestaron todos los concurrentes á no perder una sola palabra de la oración en loor de la Virgen del Rosario, y al concluir el orador había tanto recogimiento como al empezar.

Terminada la solemnidad se reunieron los regidores y Cofradía del Rosario en la casa ayuntamiento en donde tomaron los clásicos tostones y el refresco.

Después de comer y bailar un poco los aldeanos, sonó la campana que llamaba al pueblo. Todos acudieron y dicho está que no habían de faltar ni Juan ni Félix.

Organizada la procesión y cuando estaba ya la Virgen á la puerta de la iglesia, se procedió á la puja para sacarla en la carroza; era de ver cómo se disputaban hombres y mujeres la honra de llevar el timón ó los cordones.

—¿Ves, Juan, el espectáculo que presenta este acto que tiene apariencias de irrespetuoso? pues no lo censuro á pesar de lo profano que es en sí, dado que tratan de adquirir por dinero figurar que arrastran el carro; hay en ello fondo de misticismo puro, pues que esos postores se desprenden de ochenta, noventa y cien pesetas para estar más cerca de la Virgen.

—Has comprendido perfectamente el espíritu que les anima. Ya está en marcha la procesión y si quieres la seguiremos á distancia.

—A distancia no: vamos con ella, confundir-

dos con la masa que le sirve de escolta; así podrá sentir los latidos del corazón de esa muchedumbre de creyentes. Quiero admirar de cerca el amor y respeto de estas gentes á la figura más poética del cristianismo; por la que tantas proezas han llevado á cabo los hombres de la Edad Media; proezas cuyos símbolos me parecen los accidentes de esta procesión.

La pesada manga parroquial que lleva el anciano sacristán, bien puede ser la idea que presidía la reconquista; los acólitos que van á los lados con ciriales, las generaciones nuevas que, no pudiendo tomar las armas, se agrupaban en torno llevándole frescura y lozanía; aquel estandarte blanco con la Virgen y su cifra bordada con oro y sedas, el pendón de Castilla en las Navas de Tolosa; los cofrades con esos cetros orlados de flores....

—Los llaman alabardas—dijo Juan.

—Más en mi apoyo.... Pueden ser recuerdo de los soldados; la imagen, representación del triunfo, y el pueblo que sigue en apiñada haz, es el pueblo que vitoreaba al caudillo que había pisado la media luna.

—Pues no significa nada de eso y por mucho que quieras adornarlo no conseguirás que el culto que se tributa á María Santísima sea otra cosa que culto religioso; así, no te marches por esos campos de la fantasía y llama pan al pan y vino al vino.

—No trato de desnaturalizar el acto, sólo le comparo con la brillantísima epopeya de siete siglos, y creo que el similitud no menoscaba en nada la procesión, antes al contrario, con él se agiganta á mi vista. Los trompetazos de esos pobres músicos, que deben tener de acero los pulmones, lo desafinado y chillón de muchas de las voces que hacen coro al cura en la Salve, lejos de disgustarme me agradan, porque se ve espontaneidad en el conjunto, no hay nada ensayado y el cántico de estas gentes sencillas que no se preocupan de la música y cantan porque creen agrandar más á su patrona, me conmueven.

—¡Qué bonito espectáculo!—añadió Juan— presenta aquí la procesión! El sol poniente brillando en la corona, en el nimbo y en el manto de la Virgen; los venerables ancianos cubiertos de cánas; aquel hermoso niño amotajado, vivo exvoto; el regocijo que se pinta en todos los semblantes y hasta ese bello cielo y riente campiña que sirven de fondo al cuadro, son capaces de despertar la fe en el criminal empedernido, en el iconoclasta más furibundo, y tú, hombre honrado y caritativo, corazón sensible, talento no vulgar, y por contera artista ¿no has de abrir los ojos á la luz? Sí, Félix, mira esa unción, eseucha esos cánticos, razona, pero razona ante lo que tienes á tu vista; olvida un momento tus teorías, y conocerás que no son leyes ni costumbres las que reúnen á estas gentes alrededor de la imagen; que es su conciencia quien les impulsa á venir, que si los pescadores siguieron á Jesús obedeciendo el mandato, ellos siguen á María Santísima porque Dios les dice: *Seguidme*, y siguen, mientras tú, llamado también, te separas del camino!

—Cesa, Juan: no empañes la alegría que á mi alma lleva la contemplación de este cuadro del que no pierdo un detalle; hartos dolor me proporciona también; déjame que mis ojos se sacien de mirar á ese garrido aldeano que desde que salió la procesión no ha cesado un momento de hacer el molinete con la pesada bandera, ni ha vuelto la espalda á su ídolo: sé, querido Juan, que ese esfuerzo colosal no puede llevarlo á cabo más que la fe, el entusiasmo, la creencia firmísima de que es halagüeño á quien va tributado y como, para mí, ese hombre es la figura más saliente del cuadro, él es quien se lleva mi

admiración, no tanto por el esfuerzo físico sino porque á él hay que añadir que para *andar la bandera* ha dado veinte duros.

—Alguno y tal vez tú, crea irreverente la faena de Lorenzo, pero no lo es.

—Puedes asegurarlo, porque de ser, no se hubiera tolerado en épocas antiguas en que, no solamente las cofradías, sino hasta el cabildo catedral de Toledo pagaban danzantes y comparsas que fueran delante de las andas bailando y aun representando con mímica algunos pasajes de la vida del santo.

—Ahora que llegamos ya á la iglesia, verás que se reproduce la puja.

En efecto: volvieron á subastarse el timón y los cordones, que produjeron cincuenta y cinco pesetas. Terminado esto entraron á la Virgen entre vítores, repique de campanas, estampidos de cohetes y la Marcha Real.

—Vamos, Félix, sé ingenuo una vez más y dime sin rebozo qué te ha parecido la función; no te arredre decirme la verdad; no temas que me ofenda porque la aprecies de distinto modo que yo. Habla, hombre, habla.

—Te lo diré con franqueza. La función, en general, me ha gustado mucho pero dividida en profana y religiosa, la primera parte ha regocijado mi alma, la segunda me ha llenado de tristeza. Sí, de tristeza porque los distintos episodios que ha ofrecido, todos con el mismo tinte de unción, la contemplación de tantos rostros en que se leía el regocijo íntimo que proporciona el obrar bien, el grito aquel que se escapó de un labrador que dirigiéndose á la imagen le dijo: «Santísima Virgen: ¡que no podemos con lo que tenemos encima!» los entusiastas vivas salidos del corazón, y sobre todo, el hombre de la bandera, demostración sintética de la fe de todos sus convecinos, te lo confieso, me hacen sufrir horriblemente porque los envidio; sí: los envidio porque yo, á quien nadie ni nada ha dominado, que merced á mi fuerza de voluntad arrojé lejos, muy lejos, mi carácter iracundo, soy impotente contra este loco cerebro que avasalla mi corazón y ver en torno mío tantos seres felices porque tienen fe, y no tenerla yo, me martiriza, me desespera y pregunto: ¿Por qué, por qué se me niega la fe? ¡Si quiero creer!.....

Se miraron los dos amigos y quedaron confundidos en fraternal abrazo.

FEDERICO LATORRE Y RODRIGO.



RAFAEL CALVO

(Conclusión)

¿Quién podrá olvidar aquellas tres sorprendentes manifestaciones del talento de Rafael Calvo? Despertando universal entusiasmo en la primera, al presentar en toda su lozanía y ataviada con nunca vistas galas la olvidada creación de un género ya expirante; imponiéndose en la segunda, con el poder de su inspiración, á las iras de un público furibundo, ansioso de romper las cadenas con que el numen de Echegaray le tuviera apisionado; luchando victoriosamente en la tercera con el recuerdo de un actor de imperecedero renombre, Calvo acreditó en esas tres obras que no sin justicia era considerado como príncipe del arte dramático español. Muchos fueron los laureles cosechados por el ilustre artista; infinitas las producciones que su talento

realzara, pero los títulos de *Don Alvaro*, *Mar sin orillas* y *Sullivan* serán siempre los mejores de su fama y los tres más brillantes resplandores de la laureola gloriosa que circunda su nombre inmortal. Calvo declamaba con una escuela originalísima, opulenta en armonías y matices, que propagada con inusitado ardor por innumerables adictos, ninguno ha sido suficiente á copiar. Su flexible talento recorría con igual facilidad los registros todos de la escala dramática, desde el travieso amante de *Marta la piadosa*, hasta el iracundo esposo de *Desdémona*, y su figura que él sabía transformar á su antojo, presentaba tan pronto los juveniles contornos del príncipe D. Carlos, como aparecía encorbada bajo el peso de los años al interpretar el indomable *Alcalde de Zalamea*.

Su especialidad, sin embargo, eran los caracteres nobles y apasionados.

Y aquí juzgamos oportuno refutar una especie que aunque desprovista de fundamento y falta por consiguiente del necesario arraigo, no conviene tampoco autorizar con el silencio. Háse dicho por algunos que las aptitudes dramáticas de Calvo no revestían esa infinita variedad que distingue al verdadero artista, sino que, por el contrario, sus personajes parecían vaciados en un molde eterno, reflejo de su propia personalidad, al que ajustaba invariablemente todas sus creaciones. Bastaría para desvanecer tal error enumerar los variados caracteres que componían su extenso repertorio, á no salir al paso otro argumento que sobre justificar plenamente aquella natural tendencia del actor insigne, patentiza, á la vez, la popularidad inmensa que disfrutara. Por innegables que fuesen las facultades artísticas de Rafael Calvo, la particular influencia que sobre la muchedumbre ejerciera, cifrábase principalmente en la simpatía, en el amor. Calvo era para el público el actor de los nobles arranques, dechado de pundonor y de hidalguía; amante, caballeresco, sublime. Bajo esta forma agradaba á su auditorio y así forzosamente tenía que aparecer.

Refiérese del célebre Floridor, ídolo del público francés, que habiéndole encomendado Racine la parte de Nerón en su tragedia *Británico*, ni la obra ni su intérprete obtuvieron la acogida que su mérito reclamaba, porque sus infinitos apasionados no podían avenirse á contemplar en su actor predilecto al terrible monstruo de Roma, dificultado que zanjó fácilmente Racine, repartiendo el papel á otro artista, con lo que alcanzó la pieza el justo éxito á que era acreedora. Algo muy semejante ocurría con Rafael Calvo. Por grande que fuese su esmero en reproducir los rasgos característicos de la ambición y del crimen, aunque en su propio sér hubiesen encarnado los más abominables engendros de la perversidad humana para el público que le adoraba, jamás hubiera sido el gran artista Gloucester ni Luis XI.

Calvo unía á sus dotes de actor eminentemente una gran ilustración y en las representaciones de la *Hija del aire* y *Un milagro en Egipto* demostró sus vastos conocimientos arqueológicos. Bajo su hábil dirección se han formado inteligentes actores y á él se deben multitud de reformas en la

dramática que la muerte le privó de hacer más extensivas y transcendentales. Tal fué el artista cuyo recuerdo conmemoramos. Su rápida desaparición, que tan hondo pesar nos ha causado, no debe en modo alguno sorprendernos.

Rafael Calvo era un genio y el paso de estos seres privilegiados es muy breve sobre la tierra. Como genio, además, de poderoso vuelo, el gran actor ha seguido la natural gradación de todo lo que se remonta por el espacio. Rafael Calvo se había elevado tanto, tanto que sólo podía alcanzar mayor altura ocultándose en el cielo.

*
* *

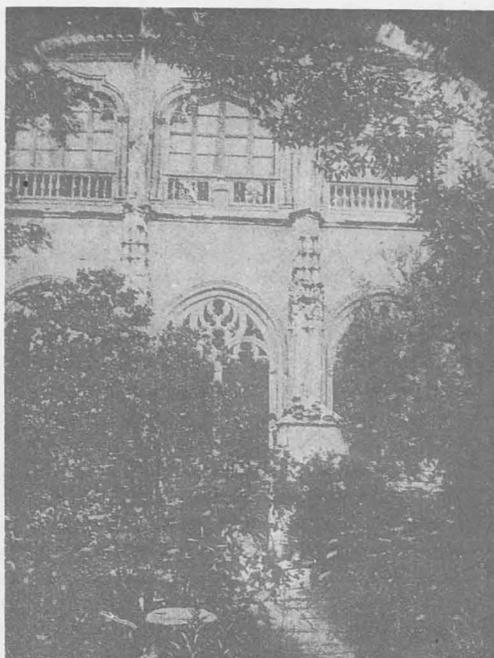
Hemos procurado describir las relevantes cualidades del artista; para enumerar las que el hombre atesoraba, nos consideramos impotentes. En Rafael valía más el corazón que la inteligencia. La excepcional bondad de su carácter, á la que se agregaba lo exuberante de su imaginación entusiasta, impulsábale á mirar los hombres y las cosas por un extraño prisma que solía acarrearle frecuentemente tristísimos desengaños. Sonámbulo en la tierra, como elegantemente le apellidaba un escritor distinguido, Calvo dejó deslizarse su vida soñando con la realización de purísimos ideales vislumbrados apenas en las esplendorosas regiones de su fantasía. El arte era para él objeto de su verdadero culto, al que consagraba todos sus afanes y energías, hasta el punto de que reconviéndole cariñosamente cierto amigo suyo por el excesivo ardor que desplegara en el cumplimiento de sus deberes profesionales, con detrimento acaso de su salud, escuchó de sus labios por toda respuesta, que el artista que real y efectivamente no sentía aquello mismo que expresaba, faltaba á su obligación engañando al público y robándole, toda vez que su espíritu no se hallaba agitado por las propias pasiones y torturas que tan honda impresión producían en los espectadores: ¡Sublime! pero descabellada doctrina, que revela la lealtad y rectitud de aquella alma formada con tan puros elementos. Esta misma rigidez de principio, hacíale abundar en rasgos, que, dados los tiempos que corremos, pudieran parecer ridículos ó extravagantes. Sirva entre todos de ejemplo cuando al regresar de las repúblicas del Plata, donde ningún tratado existe, de propiedad literaria, entregó á D. José Echegaray, á pesar de su resistencia, la crecida suma á que ascendían sus derechos de autor, porque su extrema probidad le impedía disfrutar tranquilamente del producto de su trabajo, si no lo compartía con aquel que, á su juicio, tan sagrados títulos pudiera alegar. Quien tan noble desinterés demostraba no podía permanecer insensible ante el espectáculo de las desdichas ajenas. Aún se recuerda con admiración en América el generoso desprendimiento con que renunciaba á pingües utilidades en favor de los menesterosos y más de una vez asomaron á sus ojos lágrimas de en-

terrecimiento al recibir en el mismo proscenio la ofrenda de gratitud de tiernos niños y desvalidos ancianos. El fué el primero que menospreciando injustificadas censuras descendió hasta escenarios de tercer orden para acudir al remedio de apremiantes necesidades y con tan benéfico fin resonaron en Madrid por vez postrera sus inolvidables acentos. No satisfecho con ser el amparo de su numerosa familia, atendía con particular interés á aquellos de sus compañeros que exprimentaran los reveses de la fortuna, resaltando en todos sus actos la exquisita delicadeza que en él era peculiar. Como complemento de tan preciadas dotes, admirábase en Calvo una modestia encantadora que, reflejándose en la afabilidad de su trato, acrecentaba la estimación de todos los que le conocían. Modelo de hijos cariñosos, inmejorable hermano, fiel amigo y completo caballero, Rafael hu-

inocentes, Rafael extremó, cual ninguno, su misión de padre amorosísimo, velando por sus hijos con acendrada ternura, atendiendo solícito á su educación y sacrificando, por último, á su cariño hasta su propia existencia. Por eso al recordarlos, amante entre las angustias de la agonía, debió sentir su alma inefable consuelo al considerar que si bien para siempre de ellos se apartaba, dejábales en cambio asegurado un bienestar material, y lo que es más valioso, dignos herederos de las nobles prendas que en él tanto brillaron. Tranquilidad hermosa del deber cumplido. Sostenido por ella, supo hallar el gran artista la santa conformidad que demostró ante la muerte.

¡Dichosos los que como Rafael Calvo dejan en pos de sí tan luminosa huella, cuyo consolador recuerdo es el único posible á endulzar el llanto que tan dolorosa pérdida hace brotar de nuestros ojos!

MARIANO CARMENA.



(ANTES DE LA RESTAURACIÓN)

quiera biera sido perfecto si la perfección fuese patrimonio de este mundo de miserias y Dios no la hubiera vinculado en las puras regiones donde él habita. Calvo al fin era hombre, y como tal, pagó su tributo á humanas fragilidades disculpables y hasta lógicas, si se quiere, en una persona de tan excepcional temperamento. ¿Será le dable detenerse al torrente, cuando impelido por furiosa avenida extiéndese pujante por valles y praderas arrastrando en su rápido torbellino los débiles obstáculos que á su paso encuentra? El carácter magnánimo de Rafael Calvo, impulsado por el inmenso raudal de vida que de todo su sér se desbordaba, pudo en alguna ocasión desviarse de su cauce natural; pero entonces, como siempre, hízose patente su proverbial honradez, pues en vez de imitar el ejemplo de muchos que adquieren fama de rectos, á trueque de menospreciar sus más sagradas obligaciones, labrando la desgracia de infinitos

viamente contratado con el famoso autor de comedias *Alonso de Cisneros* en la cantidad de 200 ducados, á cuenta de los cuales firmó éste un recibo de 250 reales con fecha de Toledo 11 de Marzo del dicho año 1592.

Muy contento debió quedar el cabildo de los servicios de *Lorenzo de Salas*, cuando le encomendó también la danza del día y octava de la Virgen de Agosto del mismo año 1592, pagándole por ella cuarenta mil maravedís, sin que tampoco sepamos el pormenor de esta danza.

Los autos del Corpus del año 1593 fueron ejecutados por la compañía del autor de comedias *Antonio de Villegas*, vecino de la ciudad de Sevilla, con quien el cabildo los había contratado por 5.000 reales; y como ocurriera que esta cantidad

MIGAJAS DE LA HISTORIA

VII

EN el año 1591 se pagaron cien ducados á *Lorenzo de Salas*, vecino de Toledo, por la danza del día y octava de la Virgen de Agosto, sin que conste el pormenor de dicha danza.

Los autores de comedias *Rodrigo Osorio* y *Francisco Osorio* hicieron los autos del Corpus del año 1592 por precio de 5.500 reales que se les pagaron en tres plazos, siendo el primero á mediados de Abril, el segundo en dos de Mayo «para los gastos de adorno y aderezo de los carros» y el tercero en 21 del mismo Mayo. Ocurrió, sin embargo, que dichos autores sólo hicieron los autos *del día* del Corpus, pues los de *la octava* se habían previamente contratado con el famoso autor de comedias *Alonso de Cisneros* en la cantidad de 200 ducados, á cuenta de los cuales firmó éste un recibo de 250 reales con fecha de Toledo 11 de Marzo del dicho año 1592.

Muy contento debió quedar el cabildo de los servicios de *Lorenzo de Salas*, cuando le encomendó también la danza del día y octava de la Virgen de Agosto del mismo año 1592, pagándole por ella cuarenta mil maravedís, sin que tampoco sepamos el pormenor de esta danza.

Los autos del Corpus del año 1593 fueron ejecutados por la compañía del autor de comedias *Antonio de Villegas*, vecino de la ciudad de Sevilla, con quien el cabildo los había contratado por 5.000 reales; y como ocurriera que esta cantidad

no se le pagase íntegra á Villegas durante la representación de los autos, y Villegas tuviera quemarchar en seguida á otra parte, otorgó un poder en forma á *Esteban Martín de los Reyes*, capellán del coro de la Catedral, para que cobrara el resto, como lo hizo firmando el recibo con fecha 2 de Julio del mismo año 1593.

En esta festividad del Corpus y su octava hubo también una danza de gitanos y gitanas contratada con *Diego de Quiñones de Malla*, según consta en dos cartas de pago ó libramientos, uno de los cuales dice:

«Gaspar de Fuensalida receptor general de la obra de la sancta yglesia de Toledo mande pagar a diego quiñones de malla tres ducados que a de aver con otros tantos en el refitor con los cuales se le acavan de pagar los maravedis y el valor de un carnero en que estaba concertado con ellos la danza de gitanos para la fiesta del sanctissimo Sacramento de este presente año que con esta libranza y el valor y su carta de pago se les resciviran en descargo. Dada en veinte y cinco de Junio de mil y quinientos y noventa y tres años. Por mandado de Don Francisco de monsalve canonigo y obrero=Joan de Segovia Villarroel.=»

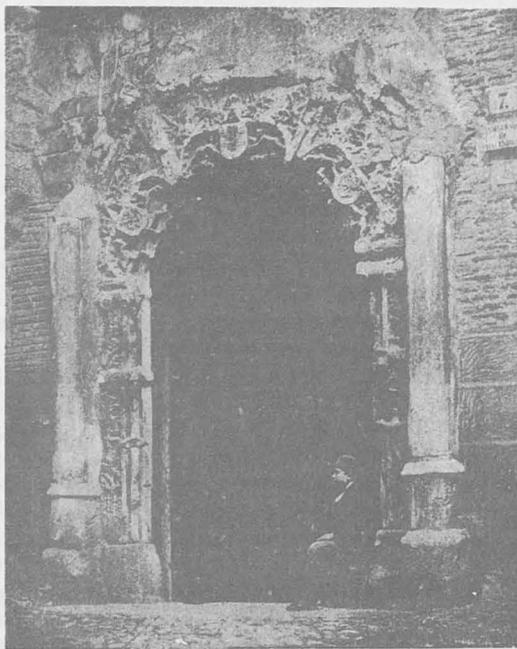
El danzante Diego de Quiñones no supo firmar el recibo correspondiente, y firmó por él *Diego Pérez de Molina*.

La danza del día y octava de la Virgen de Agosto del mismo año 1593 estuvo á cargo de *Juan Granada*, vecino de Madrid, pagándole por ella mil doscientos reales, según contrato, y dándole además «gratificaciones» que no especifica el libramiento, como tampoco dice de qué género fuese la danza.

Por lo correspondiente al año 1594, véase en primer lugar este curioso documento:

«En diez y seis días del mes de julio de 1594 años *Alonso de las Cuevas* por sí y en nombre de *Jusepe las Cuevas* vezino de la villa de madrid y por su poder se obligo al señor don francisco de monsalve canonigo y obrero de la sancta iglesia de toledo de sacar y que sacaran para la vispera y dia de nuestra señora de agosto y su otava deste presente año en que aya lo siguiente. Primeramente una maxcara en que entren ocho galanes y una dama con los tratos que tiene mostrados al dicho señor don francisco todos con sus instrumentos diferentes y que aya entrellos viguela de arco. Otra dança en que entren ocho locos y un retor con los tratos conforme á una muestra que tiene

mostrada al dicho señor obrero cada uno dellos con su juguete y esposas al cuello y buenos rostros y cascabeles y el retor con su martingala de media grana con sus fajas de terciopelo negro y jubon de tafetan negro y su ropa de levantar y galotilla de tafetan negro y gorra de terciopelo y çapatos de terciopelo negro y el tañedor con tanborino vestido de loco. Todo lo qual se obligo de hazer por precio de cien ducados que varen treynta y siete mil y quinientos mrs. quedando por cuenta del dicho jusepe de las cuevas de hazerlo todo á su costa y pagar los danzantes y tañedores y para en cuenta de ellos recivio del dicho señor cinquenta ducados en una librança sobre el receptor de la dicha obra de que se otorgo por contento y sobrello renuncio las leyes de la paga y otros cinquenta ducados



Puerta gótica

dos se le paguen quando aya cumplido | y *Diego de Cespedes* sastre vezino de toledo se obligo por fiador de los dichos jusepe de las cuevas y alonso de las cuevas y juntamente conellos de mancomun y cada uno por el todo renunciando las leyes de la mancomunidad que cumplan el dicho concierto y a las guardar de los dichos cinquenta ducados y á lo que mas dello entregare y lo firmaron de sus nombres.=Alonso de las cuevas=Diego de Cespedes.=»

En este mismo año hubo antes un músico danzante llamado *Miguel Martínez*, á quien, con fecha 29 de Abril, se pagaron mil maravedís, «porque fué danzando en la procesión de la traslación del cuerpo de la bien aventurada sancta Leocadia con un laud.»

(Por las copias),
F. A. BARBIERI.

THEOPHILO BRAGA

I

CONFIESE con ingenuidad, que con este artículo procuro pagar, en parte, una deuda hace algún tiempo contraída voluntariamente por mí con el ilustre portugués cuyo nombre sirve de epígrafe.

Hace unos cuatro años, nuestro sin par Zahonero me dió un ejemplar de un libro portugués. El título del mismo, *Curso de historia de la Literatura portuguesa*, era acicate bastante para que yo lo leyera con interés; una vez comenzada la lectura, confieso fuí tan agradablemente sorprendido, que leí con febril impaciencia las cuatrocientas y tantas páginas de que consta. Y no fué una vez sola, sino que las lecturas se repitieron y cada vez con más detención, hasta conseguir hacer de tal libro uno de los amigos que con más asiduidad trataba.

Consecuencia de todo esto, fué encariñarme con la idea de hacer de la obra de Theophilo Braga—pues tal es el nombre de su autor—una traducción que, no obstante no ser buena por serlo mía, diera á conocer al menos el trabajo literario que imprimía un carácter nuevo al estudio de la historia de la literatura. Maduré detenidamente el pensamiento y llegué á ponerlo en práctica, comenzando mi trabajo, previa autorización para la versión dada en cariñosísima carta por Joseph Carrilho Videira, en nombre del autor.

Pero el hombre propone y los editores disponen. Concluí la traducción, la corregí con el mayor esmero y emprendí lo más difícil de la obra: encontrar un editor que la diera á la estampa. Nadie puede imaginar calvario mayor que el por mí recorrido de entonces acá, pues mi tenacidad en este punto ha marchado paralelamente con los desaires sufridos.

Todos los editores, amigos ó desconocidos, á quienes he hablado de este asunto han contestado en parecidos términos:

—¿Á quién interesa aquí la historia de la literatura portuguesa?

Editor hubo que, después de proponerle la publicación de la obra de Braga, quiso contratar conmigo la confección de algún cuento verde, de alguna novela pornográfica.... pero, ¿literatura portuguesa?... ¿libros serios?... Eso nunca.

No son sino para sentidas las amarguras que con tales escenas muchas veces repetidas habré sufrido, y, por desgracia, inútilmente; mi deseo de dar á conocer la *chef d'oeuvre* del literato portugués, no le he visto realizado.

Hé aquí explicada la deuda á que me refería; procuro pagarla, ya que no publicando la obra, dando á conocer el autor, hablando algo de él.

II

Las palabras de algún editor antes transcritas, son, por desgracia, la síntesis de lo que se piensa en general en España acerca de nuestros hermanos los portugueses; bien es verdad que ellos también

en su mayor parte nos pagan en la misma moneda. Esto es una desgracia para ambos países; es necesario que en ellos se reconozca lo bueno, lo notable que existe en cada uno, sobre todo en literatura; que no en balde son hermanas las lenguas y estamos como ocupando, puede decirse, el mismo suelo. Algo de común, además, existe en las dos literaturas influidas por igual clima, idénticos sentimientos y semejante desarrollo intelectual. Es un mal que por los españoles se desconozca lo que puede influir Portugal en nuestra manera de ser, y por los portugueses las influencias que España ha tenido en su desarrollo.

Hay que reconocer que el actual movimiento, tanto literario como científico de Portugal, es grandísimo. No hay que hacerse ilusiones pues, con ingenuidad lo digo, muchas obras de las que se publican en la antigua Lusitania merecen estudiarse y conocerse con detención. Y si esto lo hacen naciones como Francia, atravesando nuestra patria, ¿por qué ese desconocimiento de cuanto ocurre en un país tan cercano que casi puede decirse, valiéndose de una expresión vulgar, «está dentro de casa»? Y no cabe decir que este desconocimiento está un poco exagerado por mí; puedo presentar más de cuatro personas doctísimas que no creen exista más obra en la literatura portuguesa que *As Lusíadas*, y esa sin haberla leído: ¿a quién interesa aquí la historia de la literatura portuguesa?... que decía el editor.

Parecido fenómeno ocurre por regla general en Portugal, donde también se tiene bastante desconocimiento de cuanto se relaciona con nuestro país, y por tanto, con el desenvolvimiento literario y científico del mismo, en lo cual no hacen bien los vecinos de nacionalidad.

Es, pues, necesario que esta situación desaparezca en ambos países; y para conseguirlo debemos contribuir todos en la medida de nuestras fuerzas. Es preciso que, de la misma manera que aquí estamos al corriente de las últimas obras publicadas por los literatos y hombres de ciencia de Francia, Italia y aun Alemania, conozcamos las obras de importancia que dan á la estampa las prensas portuguesas, y algo ganaremos con ello, pues algo muy notable se hace en Portugal.

III

Noto que estoy fuera del punto que me he propuesto tratar; pido perdón por ello, y doy comienzo.

Preguntáis en Portugal:

—¿Quién es Theophilo Braga?

—¡Oh!—contestarán unos, con admiración de sus talentos.

—Un demagogo, un republicanote,—dirán otros

—¿Pero es hombre que vale?

—¡Ah, muchísimo!—replicarán los mismos, no obstante la diferencia de opiniones; pero haciendo justicia á sus merecimientos.

La demostración de esto se tiene hojeando el catálogo de la *Nova livraria internacional de Lisboa*. Asusta y parece imposible la labor de ese hombre, tal es de numerosa, variada y opuesta. Theo-

philo Braga ha sido poeta (1), erudito investigador y traductor de preciosidades antiguas relacionadas con la literatura portuguesa; crítico inmejorable (2), disertador, conferenciante y polemista incansable (3), pedagogo notable (4), historiador ilustrado é imparcial (5), escritor político (6), cultivador de las tradiciones lusitanas (7) filósofo de la nueva escuela (8), literato insigne (9), y catedrático ilustre. Pero en Theophilo Braga hay la particularidad de que cada derrotero de su potencia intelectual, es solo, independiente de los demás, aislado. Puede decirse que cada variedad con que se presenta es un renacimiento, una nueva vida; y que dedicado á cultivar una rama del saber distinta de las anteriores, deja éstas y no vuelve á trabajar en ellas.

Braga es la tenacidad y la constancia personificadas. Trabaja muchas horas al día, según costumbre antigua en él, porque este hombre ilustre todo lo que es se lo debe á sí propio, á esa constancia, á esa tenacidad incansable. A los 14 años abandonó la casa paterna por los malos tratamientos de su madrastra. Este niño comenzó entonces la terrible lucha por la existencia y venció. Entró en una imprenta como cajista. Este trabajo servía para satisfacer las más perentorias necesidades de la vida. Entonces estudió, leyó vertiginosamente, arrancando las horas al descanso para satisfacer sus insaciables ansias de saber. Allí, prestados por otros compañeros más felices que él por poder adquirirlos, conoció cuantos libros notables se producían en el movimiento literario moderno, y aprobó, sin abandonar su modesto trabajo de cajista de imprenta, las asignaturas necesarias para obtener el grado de doctor, al conseguir el cual, obtuvo el primer placer de sus largos y continuados desvelos.

El doctor tipógrafo continuó por algún tiempo su doble trabajo intelectual y material, siendo éste base y sostén del que todo lo consagraba al estudio. En este estado se anunció la vacante de una cátedra en la misma Universidad en que

(1) Folhas verdes (*Versos dos quinze annos*). Visão dos Tempos. Tempestades sonoras. Ondina do lago. Contos phantásticos. Torrentes (*últimos versos*), son sus obras principales.

(2) Cancioneiro portuguez da Vaticana. Obras completas de Camões (3 volúmenes). Obras poeticas de Bocage (6 volúmenes). Obras de Cristóbal Falcão. Gaia de João Vaz. Obras primas de Balzac. Obras primas de Chateaubriand.

(3) Historia do Direito portuguez. Theoria da Historia da Litteratura portugueza. Características dos Actos commerciaes. Espirito do Direito civil moderno. Michelet, *conferencia do Centenario*. Theocracias litterarias. Os criticos da Historia da Litteratura. Voltaire. Estudos da Edade media. Escabações bibliographicas.

(4) Gramática portugueza elementar. Antologia portugueza. Parnaso portuguez moderno.

(5) Historia universal (Esboço de Sociologia descriptiva). Historia universal, civilisações cosmopolitas propagadoras das civilisações isoladas.

(6) Soluções positivas da politica portugueza (4 volúmenes.)

(7) Historia de Poesia popular portugueza. Cancioneiro popular. Romanceiro geral. Cantos populares do Archipelago açoriano. Floresta de romances.

(8) Traços geraes de Philosophia positiva comprovados pelas descobertas scientificas modernas.

(9) Historia da Litteratura portugueza, (9 volúmenes). Historia do Theatro portuguez. (6 volúmenes.)

había hecho Theophilo Braga sus estudios, en la célebre de Coimbra. Era la solución de su vida que se presentaba á su alcance. Obtenida la cátedra, podría consagrarse por completo á sus estudios y difundir desde tal sitio las luces de las ciencias modernas, desligadas por completo de la antigua escolástica y de la ciencia metafísica. Estudió con locura, con frenesí, practicó los ejercicios de oposición sin ocultar su modo de pensar, sin negar que pertenecía á aquella generación nueva que tanto luchó y que se conoció en Portugal por la *Cuestión Coimbra*, apareciendo como campeón esforzado de los nuevos derroteros de la ciencia y, no obstante la brillantez de los ejercicios, á pesar de ser sus contrincantes nada más que mediocres, Braga no obtuvo la cátedra. ¿Cómo había de faltarle á las tradiciones que existen respecto á esto en todos los países? Si hubiera sabido cuatro ó cinco obras sandias, copias y retazos de obras impregnadas de añeja y trasnochada metafísica, hubiera acaso conseguido su objeto, pero estudiar, conocer á fondo, querer reformar en materias de enseñanza?... Imposible.

Braga volvió desde la brillantez de las oposiciones á la obscuridad de su *caja* de tipos. No protestó; no se indignó sin embargo de estar pendiente de la satisfacción de sus necesidades de ocupar el sillón de maestro; tenía la evidencia que su manera de ser había de perjudicarle.

Por entonces, toda aquella pléyade de demócratas que con tanto entusiasmo lucharon desde las aulas de Coimbra, fué poco á poco abandonando sus bellos ideales y puede decirse que, desde entonces, sólo quedó Theophilo Braga, y él es el verdadero jefe de la democracia portuguesa.

Claro es que estas ideas avanzadas habían de ser rémora de la consecución de sus ideales; pero no contarían, seguramente, sus enemigos, con la constancia y laboriosidad del ilustre portugués, que hizo á éste seguir trabajando, en la confianza de que alguna vez habían de hacerle justicia. Este momento había de llegar con la vacante de la cátedra de literatura en el Curso Superior de Letras. Y llegó y fué tal la victoria alcanzada, que aún se recuerdan con verdadera admiración y complacencia aquellas reñidísimas oposiciones en que Theophilo Braga hizo alarde de sus talentos, con otro contrincante no menos ilustre ni menos famoso, Pinheiro Chagas, diputado y director á la sazón del periódico oficial portugués. Theophilo Braga obtuvo la cátedra y en ella continúa, no sin que á la vez desempeñe por vacante cuantas le encarga el claustro de la Universidad.

Desde aquel momento la *fiebre de la imprenta* se apoderó del que en ella había crecido y vertiginosamente escribió aumentando volumen tras volumen, en los cuales puede decirse que trata de *omne re scibile*, almacenándose la asombrosa erudición, la profundidad inmensa; el trabajo increíble, que no es dable desconocer en Theophilo Braga. No tardó en salir fuera de su patria el nombre de tan ilustre hombre y pronto la prensa científica de los principales países se ocupó de él dándole á conocer; y no tardó por cierto mucho en ser uno de los más ilus-

tres colaboradores de publicaciones como *Revue de Philosophie positive* de París; *Athenemur*, de Londres; *Rivista de Philología romanza* y *Rivista de Litteratura popolare*, de Roma; *Zeitschrifte fur romanische Litteratur*, de Breslau; *Revista Contemporánea*, de Madrid, y muchas otras.

IV

Réstame únicamente decir algo acerca de la influencia que en las letras portuguesas ha ejercido Braga y algo también de sus obras. Son estas tantas en número y tales en bondad, como en otro lugar habrá visto el lector, que necesitaría mucho espacio para ocuparme de ellas, razón que me obliga á hacerlo á grandes rasgos.

Compréndese á primera vista que esa amplia esfera en que se mueven los escritos y obras de Theophilo Braga, ha de hacer no sea esta en muchas de sus manifestaciones tan notables como debieran serlo, pues todo lo que gane en extensión lo hará á costa de la intensidad. Algo de esto es cierto, aunque no en absoluto, pues como en otro lugar he dicho, cada nueva manifestación de este escritor parece ser de hombre diferente, puesto que dada la aplicación que tiene, estudia muy detenidamente cuanto puede relacionarse con la materia que trata en sus variadas obras, abandonando las demás. Así, se propone escribir un tratado de Historia universal bajo el punto de vista positivista, y antes de emprender su trabajo se pone en condiciones y desde 1872 á 1877 estudia las matemáticas para comprender de un modo positivo los fenómenos de la cantidad, de la extensión y del movimiento; la astronomía para comprender la ley más general de todos los hechos del universo, la gravitación de la materia; la física para investigar las relaciones del calor, la luz, la electricidad, el magnetismo y la acústica; por último, la biología y todas las ciencias que de ésta se desprenden con el fin de conocer los seres vivos en todos sus aspectos y en todas sus relaciones orgánicas, la botánica, la zoología, la antropología (1). El resultado de todo este trabajo, de esta larga y continuada elaboración fué una obra, *Historia universal*, en la que aparece esta antigua ciencia exponiendo la evolución de la actividad humana sometida á las modificaciones que le imprimen los grandes agentes que divide en astronómicos, físicos, químicos, biológicos y sociológicos ó sociales. Es esta obra á mi modesto juicio la mejor de Theophilo Braga y acaso de las mejores que se han publicado últimamente en Europa. Si fuera alemana ó francesa, ya estaría, á buen seguro, traducida á nuestra lengua y hubiera sido muy leída y comentada.

La otra obra que con la anterior comparte la supremacía de las escritas por Braga es la *Historia de la Literatura portuguesa*, escrita también bajo el punto de vista positivista. Es completamente nueva y original la manera de exponer. Precede á este libro una introducción en la cual se estudian los elementos que influyen en la Literatura, que los divide en

estáticos y dinámicos, los cuales refiere y estudia detenidamente con aplicación á la Literatura portuguesa.

No puedo seguir en gracia á la brevedad ocupándome con mayor extensión de esta obra, la que con la anterior y alguna otra acaso haga algún día un estudio detenido como se merecen. Por la misma razón no puedo ocuparme de las restantes. Sólo sí diré que acaso ese enciclopedismo que se advierte en el autor que me ocupa, le sea algo perjudicial. Sin embargo de esto, si se me preguntara en cuál de las múltiples manifestaciones en que se presenta le prefiero, quedaría perplejo, y sin saber á cuál quedarme.... le preferiría en todas.

V

Theophilo Braga, no obstante sus muchas obras escritas, su ciencia y su cátedra, tiene nada más que un mediano pasar. En Portugal se paga aún menos que en España esta penosa cuanto querida profesión de escribir para el público. Así que la mayor parte de los libros que publica no valen á tan distinguido portugués, cantidad alguna de metálico ¡Tales están allí pagadas las letras!

Un día paseando por Lisboa me dijo un amigo:

—¿Quieres saludar á Braga?

—En el acto.

—Allí va.

Al mirar vi un sujeto de carnes enjutas, pálido, pequeño de cuerpo, que con descuidado vestir, una porción de libros bajo de un brazo y un quitasol bajo el otro, andaba apresuradamente.

Corrí á saludar á aquel amigo á quien personalmente no conocía; pero fué en balde.

No pude alcanzarle y allá á lo lejos le veía caminar con sus libros y su quitasol sin pararse un momento y codeando á la gente.

JUAN MARINA.

CARTA ABIERTA

 QUERIDO Gabriel: Aunque no sea más que por recordar antiguos tiempos (que te aseguro eran mejores que los presentes), hoy me da la humorada de coger la pluma para contarte algo; algo de esto que late, mejor dicho, que está posado en mí, porque el latido supone vida y aquí no hay más manifestación vital que el sistole y diástole de la víscera cardíaca (me asusta la palabra «corazón»). ¡Qué materialismo! ¿verdad?: estoy seguro que mi muy respetado señor *Avú-Verín-Alcoyá* va á hacer malos juicios de mí cuando lea esto; pero es lo cierto que lejos de haber afectación, mis tristes convicciones llegan por desgracia más, mucho más allá. Es sin duda alguna un error, el establecer proporcionalidad directa entre la edad y las creencias.

La cuestión está sobre el tapete: no te alarmes, es una insignificancia, se trata

de mí; se trata del pigmeo, del pebleyo, del paria, del hombre que tan poco tiene que perder y cuya suerte apenas si interesa á media docena de individuos.

Es el caso que estoy fluctuando entre residir en la Corte ó marcharme á vegetar á un pueblo: hace algún tiempo la elección no admitía duda; hoy de buenagana lo echaba á cara ó cruz. En Madrid puedo seguir dos caminos: el trabajo ó la vagancia; la vida racional ó la vida de *bohémio*, hasta donde cabe la *bohemia* en el que vive de su paga y tiene que dar cumplimiento á su obligación.

Teniendo desahogo, es decir, no teniendo vergüenza, la vida es sumamente fácil. Te haces amigo de tres ó cuatro periodistas; tratas más ó menos íntimamente á la tiple de Eslava, á la partiquina del Real, á la corista de la Zarzuela; y con esto y escribir algo para el teatro, algo de eso en que la curiosa indumentaria y el pintor escenógrafo son el todo, estamos al fin de la calle.

El primer camino lo considero impracticable; yo ya no puedo trabajar en cuanto gano lo suficiente para comer; y no es que me asusta el trabajo, no es que me arredre la lucha; tú sabes que he trabajado con fe, con ardimiento, con verdadera fruición, perdiendo mucho sueño mientras que asimilaba las ideas á expensas de la salud; pero me falta esa gran palanca que todo lo mueve mientras le queda un punto de apoyo: el entusiasmo. ¿Qué por qué escribo ahora?; pues porque sí, porque no tengo la obligación de hacerlo.

La vida de pueblo se presenta á mis ojos como un paisaje sin accidentes, monótono, con un cielo azul, todo azul. Figúrate qué vida tan plácida allí en mi casita, en una casita baja, con un balcón y dos ventanas simétricamente colocadas á los costados; el portal empedrado, las paredes, enjalbegadas blancas como camisa de novio en día de boda; un corralito con gallinas y un gallo oficiando de dictador, árbitro de vidas y haciendas. En la parte posterior el palomar con su indispensable jarro desportillado mantenido en la punta de un palo próximamente vertical; extraño faro que guía á las palomas cuando regresan al nido por los infinitos derroteros del espacio. Has de advertir que como he de tener caballo, las excursiones campestres menudearán que será un primor; las cacerías tampoco serán escasas; la tertulia cotidiana en casa del boticario donde se jugará al mus, al tute y los domingos al julepe; y como tantas cosas se ven, posible es que me veas casado con alguna *señorita* del pueblo, hija del alcalde ó del mayor contribuyente, una de esas que usan mantilla y vestidos con perifollos, y que dicen

(1) J. D. Ramalho Órtigão, esboço biográfico.

haiga y otras lindezas por el estilo; y luego cuando llegue el invierno será de ver las hermosas noches que pasaré debajo de la enorme campana de la chimenea rodeado de jamones, chorizos y morcillas, comiendo alguna que otra *moraga* (1) y teniéndome á veces que retirar por no poder resistir el calor de la llamarada que produce la brazada de sarmientos y tamaras.

Qué bromista estoy, querido Gabriel: hablar yo de casamiento; hablar yo ahora de eso; yo que creía tener conciencia de mí mismo y ahora resulta que siento, ¡pero que siento mucho! ¡Cuando te digo que me asusta la palabra «corazón»!

Mucho más te diría, pero estoy viendo que el director me va á decir que si he tomado el periódico á beneficio de inventario. Para concluir: no puedes imaginarte las veces que pienso en nuestro amigo Casimiro; yo quisiera poderme formar esa segunda naturaleza que él se ha formado con su envidiable filosofía.

En fin vivamos, y puesto que todo tiene su lado cómico, puesto que todo es «uno y lo mismo» (según decía anoche un nuestro amigo), adelante con los faroles, que nadie se muere hasta que Dios no quiere.

Tuyo afectísimo.—RICARDO.

Toledo 10 Octubre 89.

R. GARCÍA DE VINUESA.



BIBLIOGRAFÍA TOLEDANA

Con el laudable fin de aumentar en lo posible el número de notas de obras publicadas en la imperial Toledo, desde el establecimiento de la Imprenta en nuestra ciudad—año 1483—hasta el año 1886, apuntaremos en breves párrafos las obras que hemos logrado coleccionar y que no incluye en su *Imprenta en Toledo* el virtuoso cuanto ilustrado sacerdote D. Cristóbal Pérez Pastor.

1586.—Edicto puesto por el Excelentísimo Cabildo Primado, excitando á los poetas á la composición de versos, para celebrar la traslación del Santo Cuerpo de Santa Leocadia á esta ciudad. (Se imprimió en latín, y se guardan ejemplares en la Sala Capitular de la Iglesia Primada).

1592.—Marieta (P. Fr. Juan de). Santos mártires de España, pontífices y primero del Apóstol Santiago, patrón de España.—Toledo, 1592, un tomo, fo-

lio. (Se nos ha proporcionado esta nota y no conocemos la obra.)

1599.—Oficium S. Dominici Silensis Toleti. 1599.—De la nota bibliográfica de Tamayo de Vargas, quien pone por autor al P. Pisa.

1617.—Descripción de la imperial ciudad de Toledo, i historia de sus antigüedades, i grandeza, i cosas memorables; los Reies que la áun enseñoreado y gobernado, i sus Arçobispos mas celebrados.—Primera parte con la historia de Santa Leocadia.—Al Senado de la misma ciudad—compuesta por el Doctor Francisco de Pisa, dean de las facultades desancta Teologia i Artes liberales, Cathedrático jubilado de Sagrada Scriptura i Doctor en Cánones en la Universidad de Toledo.—Publicada de nuevo después de su muerte por el Doctor D. Thomás Tamaio de Vargas.—Con licencia i privilegio.—En Toledo, por Diego Rodriguez, año de 1617.—(Índice. Folio, 277 folios, 5 más con la Historia de Santa Leocadia, índice. De nuestra biblioteca particular).

1631.—Memorial por la perpetua lealtad del reino de Toledo. ¿Se imprimió en Toledo?... (Tamayo de Vargas).

1724.—Exequias fúnebres que celebró la ciudad de Toledo en 1724 por Luis I.—Autor un Jesuíta.—Toledo, P^o Marqués, 4.^o, rústica. (Catálogo de obras de la Biblioteca de D. Blas Hernández.)

1740.—Ordenanzas del Ilustre Cabildo de la Santa Hermandad vieja de esta imperial ciudad de Toledo, hechas en virtud de un acuerdo por el Señor Don Juan Francisco Ortiz de Zárate y Ríos, Regidor perpetuo de la misma ciudad, Secretario del secreto del Santo Oficio de la Inquisición de ella y Hermano Archivero Mayor del referido Ilustre Cabildo. Aprobadas por su Majestad y Señores de su Real y Supremo Consejo de Castilla en 4 de Junio de 1740. ¿Se imprimió en Toledo?... (Folio, sin pie de imprenta, 41 páginas.)

Biblioteca de D. Braulio García.—(No tiene pie de imprenta, pero se comprende que se hizo aquí.)—1740.—Noticia histórico-chronológica de los privilegios de las nobles familias de los Mozárabes, de la imperial ciudad de Toledo. Escrita por D. Pedro Camino y Velasco, Capellán de la Ilustre Capilla Mozárabe de la misma ciudad. Dedicada al Serenísimos Señor Don Luis Antonio Jaime de Borbón y Farnesio, Infante Real de España, Cardenal de la Santa Romana Iglesia, Arzobispo de Toledo, por los Capellanes, Curas y Beneficiados de las seis Iglesias Mozárabes de Toledo.—Año de M.DCCXXXX.—(Folio, 32 páginas, portada orlada, dedicatoria que coge 20 páginas, sin foliar, escudo de

armas del Cardenal al frente, prólogo de dos páginas, sin foliar).

Nómina de los últimos y más famosos *Armeros de Toledo*, que labraron espadas hasta la entrada del presente siglo XVIII en que acabó esta Fábrica.—Van por alfabeto, por no saberse de cierto el tiempo en que algunos de ellos florecieron.—Las marcas matrices de que usaron se verán en la stampa siguiente.—(Hoja á dos columnas, en folio, sin fecha ni pie de imprenta.—La stampa á que se refiere la nota, la esculpió y delineó en Toledo Palomares en 1762.

1787.—Novena á María Dolorosísima para lograr buena muerte; como se hace en la Iglesia parroquial de San Vicente de Toledo, donde se hallará todo el año.—Con licencia, en Toledo, por D. Isidro Martín Marqués, impresor del Rey N. Sr. (Octavo menor, 63 páginas).

1795.—Ordenanzas y constituciones, que bajo el patrocinio de Nuestra Señora de la Piedad observan y guardan los Cofrades y Hermanos del Glorioso San Ildefonso y Animas benditas en el Hospital de dicho Santo y Parroquial de la Gloriosa Virgen y Mártir Santa Leocadia de esta ciudad de Toledo.—Aprobada por el Real y supremo Consejo de Castilla.—Toledo, imprenta de los herederos de D. Nicolás Almazano.—(4.^o, 44 páginas, foliadas).

Reliquias veneradas en el Relicario de la Santa Primada Iglesia de Toledo. (Pliego en folio, de dos hojas.—No tiene pie de imprenta, pero es de fines del siglo XVIII.—Lleva un grabado al frente, que representa la descensión de la Virgen y la imposición de la celestial casulla á San Ildefonso.—Es la única relación impresa que conocemos de las reliquias que atesora la Iglesia Primada, aunque incompleta.)

1807.—Ordenanzas y constituciones de la Hermandad y Esclavitud de Nuestra Señora de los Angeles, nuevamente fundada en la Iglesia Parroquial muzárabe de Santa Justa y Rufina de esta ciudad de Toledo.—(4.^o, 40 páginas).—Toledo, en la Imprenta de Anguiano. Año de 1807.

1808.—Constituciones de la Hermandad de señores sacerdotes de Jesús Nazareno con la cruz á cuestras, que se venera en su propia capilla, sita en la Parroquial Muzárabe de Santa Eulalia de esta imperial ciudad de Toledo.—(Folleto de 44 páginas, en 8.^o menor).—Imprenta de Anguiano, 1808.

1812.—La Junta Superior á los habitantes de Toledo y su provincia.—(Entre líneas)... neglecta, solent incendia sumere vires.—En la imprenta de Anguiano.—1812.—(4.^o, 27 páginas.—De nuestra biblioteca particular.)

(1) Nombre que se da en Castilla á los trozos de lomo sin adobar que se asan sobre las ascuas.

1824.—Ordenanzas y constituciones de la Hermandad del Santísimo Cristo del Socorro, sito en la iglesia parroquial de Santa María Magdalena de esta ciudad, reducidas á socorro y aprobadas por los señores del Consejo de la Gobernación de esta ciudad de Toledo etc. este año de 1750.—Reimpresas en Toledo, imprenta de Anguiano, Año 1824, (4.º menor, 23 páginas).

1831.—Ordenanzas de la Cofradía Hermandad del Santo Niño de la Guardia, establecida en la parroquial de San Andrés de esta ciudad.—Aprobadas por el Emmo. Sr. D. Pedro Inguanzo y Rivero, Arzobispo de Toledo, en 4 de Julio de 1831.—(4.º, 20 páginas foliadas).—Con licencia, en Toledo.—Imprenta de Cea, Diciembre de 1831.

1832.—Real Sobre-Carta, en que se inserta la Real provisión de 20 de Julio de 1797 cometida á los Jueces Reales y Eclesiásticos de la Ciudad de Toledo, para que no admitan en sus respectivos Juzgados memorial alguno ni pedimento que no vaya encabezado y firmado de Procurador de su Número, bajo las penas que impone y nulidad de cuanto se actúe.—(E. de A. R.)—Toledo, Imprenta de Cea, 1832.—(Folio, 8 páginas, sin foliar).

1834.—Novena de María Santísima del Sagrario, madre y patrona de esta imperial ciudad en el plausible misterio de su gloriosa Asunción, cuya sagrada y milagrosa imagen se venera en su magnífica capilla de la Santa Iglesia Catedral primada de las Españas.—Toledo, imprenta de J. de Cea, 1834, (8.º menor, 31 páginas, gozos al fin.)

1834.—Nuevo formulario de instrumentos públicos, por D. Felipe Sánchez, Vicedecano y Mayordomo del Colegio de Escribanos de Número de la ciudad de Toledo.—Toledo, imprenta de D. José de Cea, 1834.—(4.º, 398 páginas y dos de índice.)

1838.—Laberinto en honor y alabanza de María Santísima Señora Nuestra en el misterio augusto de su Inmaculada Concepción. Toledo, 1838, imprenta de J. de Cea. Una hoja, (en verso), sin autor. (De nuestra biblioteca particular.)

1841.—Al Duque y al Ejército, discurso político religioso que tuvo lugar en la solemne función que el regimiento infantería de Soria, 3.º de línea, celebró el 23 de 1841, etc., etc. (Le predicó D. Eugenio Paños y Quintana, en acción de gracias por haber terminado la guerra.) Toledo, imprenta de J. de Cea.—(1841, 4.º, 16 páginas.)

1842.—Reglamento del Asilo de Pobres de Toledo.—Toledo, imprenta de J. de Cea.—1842, (4.º, 35 páginas.)

1853.—Reglamento de la Sociedad

Minera La Sultana.—Toledo, imprenta de J. de Cea, 1853.—(8.º, 16 páginas).

1853.—Reglamento de la Sociedad Minera denominada La Toledana.—Toledo, imprenta de José de Cea, 1853. (8.º, 15 páginas).

1853.—Novena á Nuestra Señora de Belén, cuya sagrada imagen se venera en la iglesia-oratorio de San Felipe Neri de Granada.—Reimpreso en Toledo, imprenta de Severiano López Fando, 1853. (8.º menor, 31 páginas).

1854.—Reglamento de la Sociedad minera denominada Aurora Toledana. (8.º, 15 páginas).—Toledo, imprenta de José de Cea, 1854.

1857.—Novena á María Santísima de la Salud, que se venera en la Iglesia parroquial de San Román Mártir de esta Imperial Ciudad de Toledo, compuesta por el Dr. D. A. M.—Toledo, imprenta de José de Cea, 1857.—(8.º menor, 27 páginas).

1858.—Novena de la Sacratísima Virgen del Carmen María Santísima Madre de Dios y Señora Nuestra.—Reimpresa por un devoto.—Imprenta de José de Cea, 1858, (8.º menor, 47 páginas).

1858.—Sumario de las gracias, privilegios é indulgencias concedidas á la sagrada orden del Carmen y á todos los fieles de ambos sexos que visten el santo y bendito escapulario y se inscriban en alguna congregación del Carmen que esté fundada con las licencias necesarias de las autoridades. Le publica para propagar la devoción de la Santísima Virgen del Carmen, un devoto.—Imprenta de José de Cea, 1858.—(8.º menor, 16 páginas).

1858.—Novena á María Santísima de la Esperanza, que se venera en la Iglesia parroquial de San Cipriano de la ciudad de Toledo.—Reimpreso por José de Cea, 1858, (8.º menor, 32 páginas, gozos al fin).

1860.—Exposiciones que ha elevado al Gobierno de S. M. (Q. D. G.) la Excelentísima Diputación provincial de Toledo, sobre la clasificación y servicios del Hospital de Dementes, vulgo el Nuncio, y del Colegio de Doncellas de Nuestra Señora de los Remedios, vulgo Doncellas Nobles, establecidos en esta ciudad, y documentos en que se apoyan las pretensiones de S. E.—Toledo, imprenta y librería de Severiano López Fando, Ancha, 31 y Nuncio Viejo, 11, 1860.—(Folio, 42 páginas).

1860.—A las víctimas del Ejército de África, (elegía), (8.º, 8 páginas).—Su autor, Satorio Lanza.—Toledo, imprenta de J. de Cea, 1860.

(Se continuará)

J. MORALED A Y ESTEBAN.

LOS GRABADOS

Patio de San Juan de los Reyes

Nuestros lectores verán en la página 6 el grabado que representa el patio del hermoso monasterio levantado por los Reyes Católicos en conmemoración de la batalla de Toro, (1476) de tal importancia para Castilla, que la libró de las pretensiones de D.ª Juana la Beltraneja.

Este monumento, asombro de propios y extraños, es uno de los que más sufrieron en la guerra de la Independencia; la galería de Poniente, quedó destruida por un incendio; infinidad de agujas que completaban la rica ornamentación, desapareció con el convento; el hermoso retablo se convirtió en leña para guisar rancho y al abandonar los franceses la ciudad, quedaba arruinado el edificio digno de todo respeto por lo primoroso de sus labores y por haber albergado al eximio Fr. Francisco Ximénez de Cisneros.

Hoy que está muy adelantada la restauración, que dirige con envidiable acierto y verdadero amor, el inspirado artista D. Arturo Mélida, es oportuno publicar una vista del patio antes de que termine la importantísima obra que se lleva á cabo; de esta manera, muchos de los que vean por primera vez los claustros podrán juzgar mejor del mérito de los que han trabajado en la obra, y en vista de tan brillante resultado y del aplauso general, se encontrará el Gobierno más animado y más empujado por la opinión, para emprender la obra en el templo.

Puerta gótica

Aunque el patio de San Juan de los Reyes y la puerta gótica de la calle del Instituto son construcciones bastante conocidas, hemos creído oportuno publicar la reproducción de uno y otra porque son dos ejemplares bellísimos que acusan dos gustos y dos épocas distintas.

La portada es un ejemplar mutilado horriblemente, que nos dice que en siglos pasados era nuncio de suntuosos salones, delicados retretes y maravillas artísticas; hoy sólo deja ver algunos borrosos escudos, hojas de cardo y algún resto de altos relieves.

Si la acción destructora de los tiempos, enemiga de todo, que se complace en hacer que todo desaparezca, se ha ensañado en esa hermosa portada, no menos se ha ensañado el pervertido gusto ó lo que llaman *necesidades de la vida*. Hace muchos años que en la casa no se ve ningún otro vestigio de grandeza, todo, todo desapareció; artesonados, jambas, arquivadas, alicatados, estarán á estas horas formando parte de tosca



mampostería ó enterrados en terraplenes.

Lamentable es que hayamos perdido tantas bellezas, pero aún lo es más que en nuestros días veamos, con frecuencia, que la mayoría de los propietarios destruye sin piedad verdaderas bellezas para sustituirlas con ridículos y abigarrados mamarrachos.

NOTICIAS

Se ha constituido en esta capital una sociedad de socorros mutuos titulada *El Compañerismo*, en la que sólo tienen en-

trada los obreros tipógrafos y los encuadernadores.

Hoy cuenta con 36 socios y es indudable que acudirán todos á inscribirse, pues á lo noble y humanitario del fin, hay que agregar lo módico de las cuotas semanales, que es solamente 25 céntimos de peseta, que han de emplearse en atender á los compañeros enfermos y en enjugar lágrimas.

Los socios que tengan la desgracia de recurrir á la sociedad, encontrarán auxilio y consuelo fáciles que de otro modo deberían, tal vez, á la caridad.

Según se nos asegura, está ya aprobado el reglamento por la autoridad gubernativa.

Nuestro sincero aplauso á los iniciadores del pensamiento, no ha de ser sospechoso, pues que es sabido que **TOLEDO** se adhiere siempre con entusiasmo á toda

idea noble y hace fervientes votos para que prospere.

Algunos pobres pescadores se han acercado á nuestra redacción para manifestarnos que cada día se hace más difícil la pesca en el Tajo á causa de lo mucho que se abusa de la dinamita, como se comprueba por los muchos peces muertos que á flor de agua arrastra el río.

Llamamos la atención de quien debe velar por que no sea letra inútil la ley que prohíbe terminantemente la pesca por este medio.

Téngase también en cuenta que muchos infelices bajan á buscar con la caña el alimento de su familia, y que de seguir el abuso que manifestamos, se perderá este ramo de riqueza y este recurso para el pobre.

Lista de los señores Colaboradores

Alvarez Ancil (D. Andrés).
 Amador de los Ríos (D. Rodrigo).
 Barbieri (D. Francisco Asenjo).
 Berenguer (D. Pedro A.)
 Bosch (D. Alberto).
 Campoamor (D. Ramón).
 Cano (D. Leopoldo).
 Cañamaque (D. Francisco).
 Carvajal (D. José).
 Castelar (D. Emilio).
 Codecido (D. Emilio).
 Echegaray (D. José).
 E. Infantes (D. Julián).
 Fernández y González (D. Francisco).
 Fernández Grilo (D. Antonio).
 Ferrari (D. Emilio).
 Gallardo (D. Jerónimo).
 Gallardo (D. Mariano).
 Gallardo (D. Pedro).
 García (D. José María).

García de Vinuesa (D. Ricardo).
 García Santisteban (D. Rafael).
 García (D. Santiago).
 Gómez (D. Valentín).
 Hernández Iglesias (D. Fermín).
 Hoyos (Excmo. Sr. Marqués de).
 León y Olalla (D. Félix).
 Manterola (D. Vicente).
 Martín Arrúe (D. Francisco).
 Mérida (D. Arturo).
 Mérida (D. José Ramón).
 Milego (D. Saturnino).
 Moya (D. Miguel).
 Muntadas (D. Juan Federico).
 M. I. Sr. Obispo Auxiliar de Toledo.
 Navarro (D. Modesto).
 Nieto (D. Manuel).
 Novo y Colsón (D. Pedro).
 Núñez de Arce (D. Gaspar).
 Olavarría y Huarte (D. Eugenio).

Ortega y Munilla (D. José).
 Ovejero (D. Eduardo).
 Palacio (D. Manuel del).
 Palazuelos (Sr. Vizconde de).
 Pando y Valle (D. Jesús).
 Paz (D. Abdón de).
 Pérez de Nieva (D. Alfonso).
 Pérez Zúñiga (D. Juan).
 Picón (D. Jacinto Octavio).
 Pí y Margall (D. Francisco).
 Romo Jara (D. Santiago).
 Ruano (D. Venancio).
 Ruiz Tapiador (D. Ildefonso).
 Sánchez (D. Fernando).
 Thebussem (Doctor).
 Uhagon Guardamino (D. Francisco).
 Valbuena (D. Antonio de).
 Vidal (D. Pedro).
 Vincenti (D. Eduardo).

BASES DE LA PUBLICACIÓN

Toledo aparecerá dos veces al mes, elegantemente impreso en papel satinado, constando de ocho páginas cada número, dispuestas de modo que pueda coleccionarse, á cuyo efecto, regalaremos á nuestros suscritores á fin de cada año, el correspondiente índice y unas elegantes cubiertas á varias tintas, para su encuadernación.

El precio de suscripción es el de 2,50 pesetas trimestre en toda España, no admitiéndose por más ni menos tiempo, el de 3 íd. en el extranjero y 5 (oro) en Ultramar.

Precio del número suelto en España, 0,50 cént. de peseta. Número atrasado, 0,75.

En el extranjero y Ultramar, número corriente, 0,75, y atrasado, 1 peseta.

ADVERTENCIA. La Administración del periódico suplica á los señores suscritores que ya no lo hayan hecho se sirvan remitir, á la mayor brevedad, el importe de la suscripción del primero y segundo trimestre.

La casa de Menor Hermanos es la encargada de recibir suscripciones en Toledo. En el resto de España, como en el extranjero y Ultramar, las principales librerías.